

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.  
                  { trimestre..... 2,50  
                  { año..... 10

## FUNDADOR

EDUARDO SOJO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS... { Un trimestre..... 3 pesetas.  
                          { semestre..... 6  
                          { año..... 12

## ¡LAGARTO! ¡LAGARTO!

—Tenemos el mismo ministerio, y por lo visto, seguirá la misma política.

—¿Con el mismo ministerio, Sancho? Tú por lo visto estás tan desmemoriado y distraído que te olvidaste de que salieron Moret, y Gullón y Bermejo.

—No estoy en Babia, señor; sé lo que me digo. Continúa el mismo ministerio con unos remiendos ó medias suelas. D. Mateo hará tantas caperuzas como le dé gana de hacer; es más hábil en disfrazarse que Frégoli y que aquel famoso Mr. Cascabel.

—Pero ha manifestado que desea además una paz...

—¡Lagarto! ¡Lagarto! ¡Lagarto!

—Déjame hablar, Sancho, y no me interrumpas.

—Cuántas veces pronunciare vuesa merced esa palabra, diré yo lo que he dicho: ¡lagarto y lagarto!

—Digo que desea una paz...

—¡Lagarto! ¡Lagarto!

—No me irrites, Sancho, ¡déjeme hablar tu necesidad incorregible! Señal es de mala crianza faltar así al respeto que me debes. Oyeme, pues.

—Hable vuesa merced, que yo diré bajito, muy bajo, la palabra que he dicho, porque, ¿dígame vuesa merced si oyó jamás palabra más funesta que esa de...?

—¿Paz?

—¡Lagarto!...

—O te callas ó he de molerte á palos, empercatado Sancho.

—Pero, á razones venga vuesa merced y no se alborote; ¿de qué se nos hablaba cuando estalló la guerra? Pues no oía vuesa merced otra palabra en todos los labios si no esa que vuesa merced ha dicho; y que nos vino en seguida? la gorda, señor, la gorda. Además, que bien sé lo que ha dicho Sagasta, que desea una tal... honrosa...

—¿Y eso no te subleva el ánimo? ¿Una paz honrosa? ¿Qué algarabía es ésta? Hubiera dicho ¡gloriosa! y hubiera acertado. ¡Una paz gloriosa! Esto es lo que debemos desear y esto es lo que debemos pedir á Dios. Parece, Sancho, que están nuestros soldados y nuestros marinos peleando para que luego los politicastros concierten una paz...

—¡Lagarto!

—¡Cállate, maldecido! ¿Dan sus preciosas vidas con heroísmo las tropas españolas para sólo conseguir una paz honrosa? ¿Tan poca es nuestra confianza en Dios, en la justicia de nuestra causa, en el valor de nuestros soldados, en la pericia y lealtad de nuestros caudillos... que sólo esperamos quedar con decoro y sin haber castigado á nuestros despreciables enemigos? Enemigos los más viles é inmorales, los más hipócritas y salvajes de cuantos ha tenido hasta ahora esta guerrera nación frente á su sagrada bandera.

—Pues para esa ganancia que vuesa merced dice que espera ó desea D. Mateo, podíamos habernos ahorrado las molestias de la guerra! La cual, si yo no me equivoco, ha de ser gloriosa, como vuesa merced muy bien dice, y además provechosa, y para ello ocurreseme aquí en mi pobre cacumen, lo que debía hacerse, y es que, formáramos falanges de saqueadores y se las echásemos á los tunos protestantotes hipócritas que no quieren comerse el asador en domingo... y que además de

los tales saqueadores que guardamos en los presidios, despertemos nuestro dormido espíritu aventurero y ¡a Janja que es tarde!

—Locura ó no, eso que dices algo es, y unos gobernantes como los que hoy padecemos deberían comprender que se han metido en una, y nos han metido, de la cual no se puede salir con consejitos malvaceos de Martínez Campos, ni con paliques de vecinas; menos aún con el juego de las cuatro esquinas que se traen por las crisis y parlamentarescas danzas de estos días. No, Sancho, si eres defensor como yo lo soy, por la orden de caballería que profeso, si eres defensor, repito, de los desvalidos, de los cautivos y de las viudas y huérfanos, di Sancho á D. Práxedes que no se preocupe de si se ha de pagar ó no se ha de pagar el cupón...

—El capón ó el copón? ¿cómo ha dicho vuesa merced?

—El cupón, Sancho.

—¿Y qué viene á ser eso?

—Cosa que, felizmente, ni tú, ni yo ni la parte más patriótica de España conoce... Continúa, pues, diciéndolo lo que has de decir á Sagasta.

—¿Y por qué no alza vuesa merced la voz muy de recio y se lo dice, que mejor habrá de resultar dicho por vuesa merced que no por mí; que ya desde ahora ve vuesa merced que no sé qué son muchas de las cosas que ha de querer vuesa merced que yo diga. Póngase muy empujado vuesa merced y suelte la sin hueso, que sabe hacerlo hasta con primores.

—Allá voy, Sancho, y si me oyere D. Mateo, él sabrá si son de provecho mis palabras.

—Empiece vuesa merced.

—¡Oh!, tú, Práxedes Mateo, antiguo capitán de los calamares, viejo pastor, hombre del tupé, ó como quiera que te lames; tú, en cuyo escudo se lee el lema de los fisiócratas transformados, por ti libremente traducido: «Dejar hacer, dejar moler»; tú, hoy, monárquico, mañana republicano, para luego ser otra vez monárquico... piensa que estos tiempos, estos días, no son de juego... El país que crees debilitado é indiferente, tiene energías poderosas; te engañan los filibusteros hipócritas, los papeluchistas miserables asalariados, te engañan los del cupón y los acaparadores, te engañan los tunos, (que tunos, filibusteros, folicularios y pillastres y no otra cosa han de ser los que te dijeren que el país este está degenerado). Te engañan.

El orden que reina es efecto de un profundo sentimiento patriótico... la tranquilidad con que contemplan las gentes las quisicosas políticas... patriotismo; este silencio es majestad, este reposo es confianza. Habéis pedido soldados, la nación os los dió sin tasa; habéis pedido orden y confianza... orden y confianza tenéis... No, no os engañe esto... ¡no! La patria sabe que la guerra es decisiva... y que si el Gobierno por su torpeza no la hiciere, la hará el pueblo... con la ayuda de Dios.

Sé grande al fin; Mateo, arda en ti la sangre riojana... Venga el impuesto sobre la renta, haz empréstitos... cierra la pajarera esa de las Cortes... Nada temas de este pueblo nobilísimo... Actos y no palabras... sacrificios, y no cabildos y tiquismiquis... Y cuando Dios te llamare á su seno... presenta para merecer la gloria divina... los tormentos y sacrificios que hubieras hecho

por la gloria de España, la nación cristiana y civilizada.

¡Ah, si tal no hicieres—pesiamí!—Dios te maldecirá y la patria te aborrecerá...

—Cierto, señor mío... Equivocado anda, sí, porque los periódicos callejeros, los agiotistas y las marquesas viejas suspiren y se lamenten de continuo... piensa que no tenemos... pueblo...

Que se acuerde de lo que decían los pesimistas.—¡No tenemos barcos, y peor aún, no tenemos marinos! Cuando ahora resulta que todos los del mundo alaban á los nuestros...

—Déjame... acabar Sancho.—Mateo: la espada no se saca sin razón... ni se envaina sin honor, es decir, sin gloria ni vergüenza. Conque, mira lo que haces.

## CARTA DE SAMPSON A MAC-KINLEY

Mi apreciable presidente:  
Le escribo muy impaciente para decirle á usted que en estas aguas, yo me aburro completamente.

Aunque hace un tiempo infernal y este clima es horroroso, de salud, vamos tal cual, pero me *pinta* muy mal estar haciendo aquí el oso.

La escuadra, señor, voló, y aunque ignoro con qué rumbo, Cervera nos la pegó... ¡ha tiempo lo dije yo que nos iba á dar un tumbol!

Y diga usted, ¿qué papel estamos desempeñando? Presidente ¡por Luzbell que no es un plato de miel estar así zanganeando.

El mar extenso corrí por donde nadie corrí y la escuadra... no la ví, en fin, que no la halla, ni la madre que la parió.

Voy al bloqueo, aunque creo que es un oficio muy feo, y qué diablo, ya me canso de ver que en este bloqueo estamos haciendo el *ganso*.

Pues mis marinos, señor, tienen todos un humor... que temo una atrocidad, los desespera el calor, el hambre y la flojedad, y están, señor, estenuados, maltrechos, desesperados por la cubierta paseando y lo que es peor... temblando de miedo, los condenados.

Yo sigo perfectamente y me pongo como un pepe de cerveza y aguardiente, pero temo presidente que nos den el gran julepe.

Y temo que de seguir dando en Cuba tanta lata... (no os lo quisiera decir), pero aquí nos va á salir el tiro por la *culata*.

No obstante esto, usted dirá; yo creía conveniente que lo dejásemos ya, porque la cosa... se está poniendo mal, presidente.

En fin, señor, es urgente me escriba inmediatamente, á escape... sin dilación que el peligro es inminente, le quiere mucho.—Sampson.



# DON QUIJOTE



—Pa los marranos.



Redactando el plan de guerra.



¡No lo entiende usted! ¡No lo entiende usted!



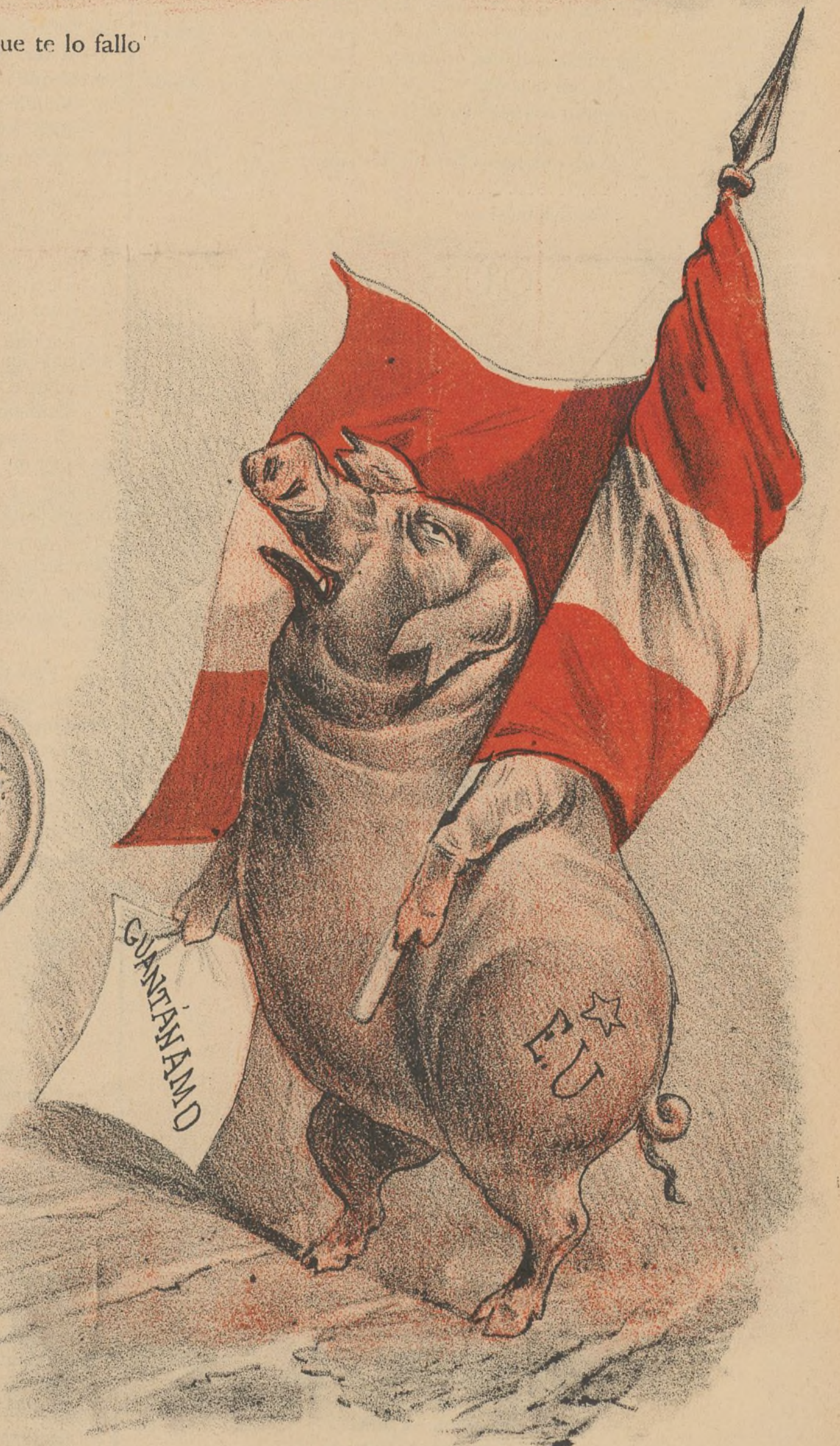
—¡A que te lo fallo!



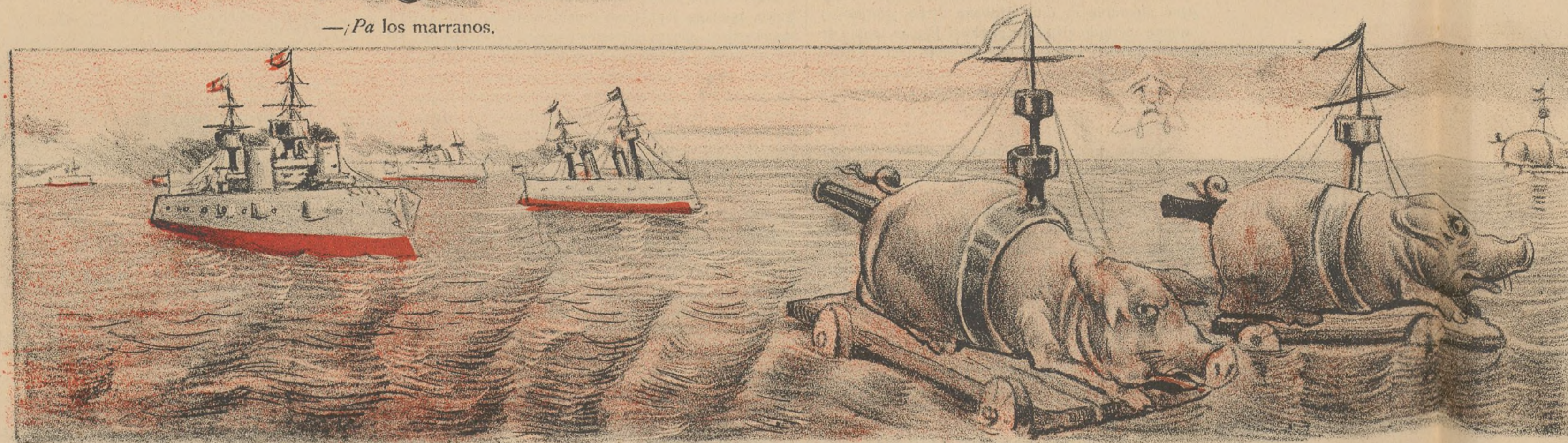
¡Toma la lengua, amor mío!



La solución de la crisis



¡Piratas!



Camino de la M.



## ¿QUÉ OPINA USTED DEL BOMBARDEO DE CUBA?

¡Ah! ¿Pero ha habido bombardeo? ¿Dónde? Yo, con esto de la crisis no me entero de nada.—*Sagasta*.  
Eze no ez un bombardeo, ez un erupción continuado.—*Romero Robledo*.

¡Más daño hago yo callando  
que los yanquis bombardeando!

*Gamazo*.

¡Es Campillo que habla!—«*Gedeón*».  
¡A mí me ha impresionado mucho la noticia de esa pobre caballería asesinada en Matanzas!—*Uno de la protectora de animales*.

¡Repitamos la máxima de Pucheta!—*Un chulo de López Silva*.

Sólo puedo decir que hasta el Congreso no llega el ruido de los cañones yanquis.—*Silvela*.

¡Esos no son más que gases deletéreos!—*Un marino*.  
Mientras no haga más daño que el hecho hasta ahora...—*Un hombre práctico*.

¡Ganas de hacer ruido!—*Un orador de café*.

Yo me limito a repetir la frase de mi correligionario Isaías.—*Mella*.

Para contrarrestar el efecto de los cañones de la escuadra yanqui, yo destinaría al castillo del Morro a nuestros distinguidos bajos León y Castillo y Donato Jiménez.—*Un «vivo»*.

¡Si hago yo más ruido tocando la campanilla presidencial!...—*Vega Armijo*.

¡Me he declarado sordo de conveniencia y no oigo nada!—*Moret*.

¡Ladridos de los perros... a Cervera!—*Un poeta*.

Si yo no me hubiera marchado de Cuba, no habría guerra con los Estados Unidos. Conque saque usted la consecuencia...—*El «misterioso» Martínez Campos*.

¡Nos hacían más daño los graznidos de los gansos del Capitolio!—*Un lector de periódicos*.

Pues a mí me parece que van tomando excremento las audacias de los yanquis...—*Martín Esteban*.

¡Hacen más daño los chiquillos de mi barrio cuando disparan cohetes!—*Un vecino de Maravillas*.

¡Neguacuan!—*¡Un torero!*

¡Para cañonazos los que yo disparo!—*Uno*.

.....

¡Y no va más!

## QUISICOSAS

Por lo que pasó en Cavite,  
los yanquis creyeron ya  
que España se rendiría  
y pediría la paz.  
¿Pedir la paz? ¡Eso nunca!  
En España valor hay,  
y mientras tengan sus hijos  
alientos para luchar,  
sabrán derramar su sangre  
antes que pedir la paz.

Un hijo tengo en la guerra;  
se halla mi mujer en cama;  
yo me encuentro sin trabajo;  
y, a pesar de mis desgracias,  
me quedan fuerzas bastantes  
para gritar: ¡Viva España!

Los acorazados yanquis  
son en el mar los colosos,  
y los hemos derrotado.  
¡Eso sí que es vergonzoso!  
Los yanquis tendrán marina,  
tendrán plata, tendrán oro,  
pero no tienen los yanquis...  
lo que tenemos nosotros.

Los yanquis allá en Cavite  
cantaron... ¡Hicieron bien.  
Ahora trinan porque ven  
que España toma el desquite.  
Nuestros marinos al fin,  
rompieron del yanqui el cerco.  
¡Tío Sam, a cada puerco  
le llega su San Martín!

VICENTE RUBIC.

## RIMA

(IDE DOS MESES HA)

En las manos tenía  
un sobre abierto.  
«Isla de Cuba.—Habana,»  
rezaba el sello,  
se veían las letras  
de giro dentro;  
le miré estupefacto,  
guardé silencio.  
¿Se corrió de vergüenza?

¡Ni mucho menos!  
Sólo vi que su mano  
tembló un momento,  
que el sobre poco a poco  
se fué entreabriendo,  
que una letra de cambio  
cayó en el suelo,  
que fuimos á cojerla  
y él soltó un terno.

.....  
De la Aduana de Cuba  
era, en efecto;  
al ir á despedirnos,  
yo dije trémulo:  
—¿Dónde irás que te tenga  
nadie respeto?  
Y él respondió en segundía:  
—Voy á Consejo.

## EN ALTA MAR

(Escena naval, traducida y arreglada del «Herald».)

*Lugar de la acción:* á bordo del acorazado *Iowa*. El almirante Sampson, rodeado de su Estado Mayor, dirige su catalejo hacia la línea confusa del horizonte. De cuando en cuando hace un gesto de impaciencia, pide una botella de wiski para aclararse la vista, vuelve á mirar, interroga á los vigías y por último, dejando caer desalentado el catalejo, exclama con extrañeza:

—¡Wonderful! no aparece por ningún lado!

El comandante del *Iowa*.—¿Quién, mi general?

—¡Quién ha de ser, hombre! ¡Mi colega Cervera!

—Paciencia, mi general; ya debe estar cerquita.

—¡Peste de españoles!... Vaya usted á confiar en su hidalguía.

—No se irrite usted, mi general; los españoles nunca han faltado á un duelo.

—A ver, comandante; cuénteme usted otra vez los barcos que podemos reunir el amigo Schley y yo...

—Veinticinco, mi general...

—Bien, comandante; ¿y cuántos nos han dicho de Washington que trae el almirante Cervera?

—Siete barcos, mi general...

—¡Siete! ¡Y quiere usted que no me impaciente! ¿Será posible que con esos siete barcos no se atreva á aceptar el combate?

—De ningún modo, mi general. Las fuerzas no pueden estar más equilibradas.

—Eso digo yo y porque lo digo me irrito. Cervera sabiendo que le estoy esperando tiene la obligación de presentarse... ¡Oh, la hidalguía española!

—Confíemos en ella, mi general.

—Sí, confíemos; pero entre tanto, ese impertinente de Long me está calentando las orejas. (*Después de reflexionar un instante*): ¡A ver, comandante; que venga mi secretario!

(*Se presenta el secretario*.—*Sampson muy agitado*).—Secretario, ponga usted ahora mismo un B. L. M. á mi colega Cervera y dígame que me voy cansando de esperar. ¡Por vida de Dios! ¡Con siete barcos contra veinticinco!

*Un vigía de proa*.—¡Barcos á estribooooor!!  
*Sampson intranquilo*.—Comandante, ¿serán los barcos españoles?

—Es posible, mi general.

*Sampson prudente*.—Pues hay que tomar precauciones, comandante... Virar en redondo... No debemos presentar combate hasta que llegue Schley...

*El vigía de proa*.—¡Escuadra americana!

*Sampson sonriente*.—¡Ah!

*El vigía de proa*.—¡Insignia de comodoro!

*Sampson compasivo*.—¡Uff! se me ha quitado un peso de encima; es el amigo Schley... ¡Qué demonio, me alegro!... Así como así, me hubiera visto precisado á echar á pique á ese pobre Cervera... (Llamando). ¡Comandante!

—¡Mi general!

—Disponga usted que funcione el telégrafo de banderas. Dele usted las buenas tardes á Schley y pregúntele si sabe algo del bueno de Cervera... (frotándose las manos.) ¡Lo que es ahora no se escapa!

*Comandante*.—Ya contestan, mi general...

*Sampson* (haciéndose la boca agua.) A ver, á ver... «Almirante Cervera, fondeado en Santiago; nos hemos lucido.»—*Schley*

*Sampson trémulo de indignación*.—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Siete barcos contra veinticinco, y no haberse atrevido! Comandante, los españoles están deshonrados, ¡han faltado al duelo! Secretario, rompa usted el B. L. M. y venga wiski... ¡celebrems la primer victoria!

(Fin de la escena: la noche hace de telón y extiende sobre el mar su inmenso cortinaje de sombras.)

## LANZADAS

Procedente de Filipinas ha llegado á España D. Adolfo López de las Heras, comisionado para gestionar cerca de nuestro Gobierno la pronta concesión de las reformas políticas solicitadas por los hijos de aquel Archipiélago.

Reciba el Sr. López de las Heras nuestro saludo de bienvenida.

Ya tenemos ministro de Estado.

Y no un ministro así de tres al cuarto, como Capdepón, sino todo un D. Juan Manuel Sánchez y Gutiérrez de Castro, duque de Almodóvar del Río.

Lo que es por nombres y apellidos no podrá Horar el nuevo consejero.

Veremos si al fin y al cabo el señor duque se queda simplemente en Sánchez.

—¿Conque te casas, Inés?

—Pienso casarme al momento.

—¿Y con quién?

—Con un francés.

—Apruebo tu casamiento.

—¡Cifro en él mi dicha toda!

¡Mi felicidad será!

—¿Quién apadrina la boda?

—Un tío que en Rusia está.

Los voluntarios yanquis se amotinaron por causa de la escasez del rancho.

¡Pobrecitos!

Pues que los traigan aquí y los alimentaremos por buen sitio.

El Sr. Comenge ha venido á Madrid, comisionado por el Casino Español de Manila, para hacer entrega al general Primo de Rivera de la estatua de oro, símbolo de la victoria, que ha acordado regalarle dicha sociedad.

Nos figuramos oír al Sr. Comenge en el acto de la «solemne» entrega:

—Mi general: á victorias compradas, estatuas de oro.

—¿Por qué han nombrado ministro de Ultramar á Romero Girón?

—Pues por eso... por *Girón*.

Con bandera española quisieron embocar el puerto de Guantánamo dos cañoneros americanos de guerra. Capítulo... tantos de *Las hazañas yanquis*: «El timo del full ó la doctrina de Monroe.»

—Dicen que Aguinaldo vuelve á Manila.

—¡Es muy extraño!

—¿Y por qué?

—Porque este tiempo no es propio para AGUINALDOS.

El señor conde de Romanones, que es hombre de inventiva, ha decidido crear una sección de policía urbana montada.

Y ha sacado á oposición cincuenta y cinco plazas de caballo.

Lo que ponemos en conocimiento de los señores de la mayoría.

Para los efectos consiguientes.

Pues señor, ya está otra vez el Gobierno en crisis.

Este es el cuento de nunca acabar.

Detrás de un parto, otro.

¡Y luego calificarán de estéril á la situación!

La escuadra norteamericana que opera en Cuba se compone nadá menos que de sesenta y seis buques.

Y si les ocurre algún tropiezo ya verán ustedes como Sampson repite la frase de aquellos segadores gallegos que fueron robados por un misero caminante:

—¡Cómo íbamos solos!...

El general Miles pide muchos miles de hombres para invadir á Cuba.

¿Hombres?

¡Pero si allí no hay más que yanquis!